

Leemos en la vida de San Gregorio que una dama romana le escribió para pedirle el auxilio de sus oraciones, a fin de que Dios la hiciese conocer si le habían sido perdonados sus pecados, y si, a su tiempo, recibiría ella el premio de sus buenas obras. «¡ Ah !, decía, temo que Dios no me haya perdonado !» — «¡ Ay !, contestaba San Gregorio, cosa muy difícil es lo que me pedís ; sin embargo, os diré que podéis esperar el perdón de Dios y que iréis al cielo si perseveráis ; mas, a pesar de todo cuanto habéis obrado, seréis condenada si no perseveráis». ¡ Ay ! ; cuántas veces usamos nosotros el mismo lenguaje y nos inquietamos por saber si nos vamos a salvar o a condenar ! ; Pensamientos inútiles, H. M. ! Escuchemos a Moisés, cuando, a punto de morir, hizo congregar las doce tribus de Israel : «Ya sabéis, les dijo, que os he amado entrañablemente, que sólo he procurado vuestro bien y vuestra salvación ; ahora que voy a dar cuenta a Dios de todas mis acciones, es necesario que os avise, que os excite a no olvidar jamás esto : servid fielmente al Señor ; acordaos siempre de las innumerables gracias de que os ha colmado ; por más que os sea dificultoso, no os separéis jamás de El. No os faltarán enemigos que os persigan y hagan todo lo posible para hacéroslo abandonar ; pero revestíos de valor, pues tenéis la seguridad de vencerlos, si sois fieles a Dios» (1).

¡ Ay ! H. M., las gracias que Dios nos concede son aún más abundantes, y los enemigos que nos rodean mucho más poderosos. Digo las gracias : porque ellos no habían recibido más que algunos bienes temporales y el maná ; pero nosotros tenemos la dicha de recibir el perdón de nuestros pecados, de arrebatarnos nuestra alma del poder del infierno, y de ser alimentados, no con el maná, sino con el Cuerpo y la Sangre adorable

(1) Deut., XXXI.

de Jesucristo !... ¡ Oh, Dios mío ! ¡ qué dicha la nuestra !
¿ A qué, pues, volver a trabajar continuamente para
perder un tal tesoro ? ¡ Oh ! ¡ cuántos son los que no
perseveran, porque les da miedo el luchar !

Leemos en la historia que un santo sacerdote halló
un día a un cristiano dominado por un temor ince-
sante de sucumbir a la tentación. « ¿ Por qué teméis ? »,
le dijo el sacerdote. — ¡ Ay ! padre mío, contestó,
temo ser tentado, sucumbir y perecer. ¡ Ah !, excla-
maba llorando, ¿ no tengo motivos para temblar cuan-
do tantos millones de ángeles sucumbieron en el cielo,
cuando Adán y Eva fueron vencidos en el paraíso te-
rrenal, cuando Salomón, que es tenido por el más sabio
de los reyes y que había llegado al más alto grado de
perfección, manchó sus canas con los crímenes más des-
honrosos y vergonzosos ; cuando este hombre, después
de haber sido la admiración del mundo, se convirtió en
oprobio y desdoro de la humanidad ; cuando considero
a un Judas sucumbiendo en compañía del mismo Jesu-
cristo ; cuando tan grandes lumbreras se apagaron,
¿ qué debo pensar de mí mismo, que no soy más que
pecado ? ¿ Quién podrá enumerar las almas que están
en el infierno, y que, a no ser la tentación, estarían en
la gloria ? ¡ Oh Dios mío !, exclamaba, ¿ quién no tem-
blará ? ¿ quién podrá tener esperanza de perseverar ? » —
« Mas, amigo mío, le dijo el santo sacerdote, ¿ no sabéis
lo que nos dice San Agustín, que el demonio es como
un perro encadenado : acosa y mete mucho ruido, pero
sólo muerde a los que se ponen a su alcance ? Tened
confianza en Dios, huid las ocasiones de pecar, y no
sucumbiréis. Si Eva no hubiese escuchado al demonio,
si hubiese huído en el mismo momento en que aquél le
propuso la transgresión de los preceptos de Dios, no
habría sucumbido. Al veros tentado, rechazad al mo-
mento la tentación, y, si tenéis oportunidad, haced de-
votamente la señal de la cruz, pensad en los tormentos

que deben experimentar los réprobos por no haber sabido resistir la tentación ; elevad al cielo vuestra mirada, y veréis allí cuál sea la recompensa del que lucha ; llamad en vuestro socorro al ángel de la guarda ; echaos prontamente en brazos de la Virgen Santísima, implorando su protección : con eso tenéis la seguridad de salir victorioso de vuestros enemigos, a los cuales veréis al punto llenos de confusión».

Si sucumbimos, H. M., es porque no queremos valernos de los medios que Dios nos envía para combatir. Es preciso, sobre todo, estar bien convencidos de que, por nuestra parte, no podemos hacer otra cosa que perdernos ; mas, con una gran confianza en Dios, lo podemos todo. Mirad a San Felipe Neri ; decía él a Dios con frecuencia : «¡ Ay ! Señor, sostenedme, soy tan malo, que me parece que a cada instante voy a haceros traición ; soy tan poca cosa, que hasta cuando salgo para hacer una buena obra, digo para mí : Sales cristiano, tal vez volverás a entrar como un pagano, después de haber renegado de tu Dios». Un día, creyéndose solo en un lugar desierto, púsose a gritar : «¡ Ay ! ¡ estoy perdido, estoy condenado !» Alguien que le oyó, se acercó a él y le dijo : «Amigo, ¿ es que desesperáis de la misericordia de Dios ? ¿ por ventura no es infinita ?» — «¡ Ay ! le dijo aquel gran Santo, no es que desespere, sino que espero mucho ; digo que estoy perdido y condenado, si Dios me abandona a mí mismo. Cuando considero que tantas personas habían perseverado hasta el fin, y una sola tentación las perdió : esto es lo que me hace temblar noche y día, temiendo ser del número de aquellos desgraciados».

¡ Ay ! H. M., si todos los santos temblaron durante su vida por temor de no perseverar, ¡ qué será de nosotros que, sin virtudes, casi sin confianza en Dios, cargados de pecados, no ponemos diligencia alguna en librarnos de los lazos que el demonio nos tiende : nos-

otros que andamos cual ciegos en medio de los mayores peligros, que dormimos tranquilamente en medio de una turba de enemigos, encarnizadamente interesados en nuestra perdición! — Pero, me dirá alguno, ¿qué deberemos hacer para no sucumbir? — Helo aquí, amigo mío: hay que huir las ocasiones que otras veces nos hicieron caer; recurrir constantemente a la oración y, por fin, recibir con frecuencia y dignamente los sacramentos; si lo practicas así, si sigues este camino, ten seguridad de que vas a perseverar; pero, si no tomas estas precauciones, en vano tomarás otras medidas, forzosamente vendrás a caer y perderte.

II. — He dicho, en segundo lugar, que, en cuanto os sea posible, debéis huir del mundo, ya que su lenguaje y su manera de vivir son enteramente opuestos a lo que un cristiano debe hacer, es decir, son incompatibles con el comportamiento de una persona que anda en busca de los medios más seguros para llegar al cielo. Interrogad a Santa María Egipciaca, que dejó el mundo y pasó su vida en el corazón de un espantoso desierto; ella os dirá que es imposible salvar el alma y agradar a Dios sin huir del mundo, pues por todas partes se hallan lazos y emboscadas; y, siendo el mundo contrario a Dios, es preciso despreciarlo y abandonarlo para siempre. ¿Dónde oísteis aquellas canciones malas, aquellos dichos infames, que son causa de una infinidad de pensamientos y deseos perversos? ¿no fué precisamente al hallaros en compañía de aquellos libertinos? ¿Quién os hizo formular aquellos juicios temerarios? ¿no fué al oír hablar del prójimo en compañía de aquel maldiciente? ¿Quién os indujo al hábito de dar miradas o tener tocamientos abominables con vosotros mismos o con los demás? ¿no fué ello por haber frecuentado la compañía de aquel impúdico? ¿Cuál es la causa de que no recibáis ya los sacramentos? ¿no ocurre ello

desde que os tratáis con aquel impío, el cual ha procurado haceros perder la fe diciéndoos que todo cuanto predica el sacerdote son tonterías, que la religión es sólo para dominar a la juventud; que es cosa de imbéciles ir a contar a un hombre lo que uno ha hecho; que toda la gente ilustrada se burla de todo esto? (entiéndase, hasta la hora de la muerte; entonces habrán todos de reconocer que se habían engañado) (1). Pues bien, amigo mío, ¿sin aquella mala compañía, te habrían ocurrido tales dudas? Indudablemente que no. Dime, hermana mía, ¿desde cuándo sientes tanto gusto por los placeres, las danzas y bailes, las reuniones y los atavíos mundanos? ¿no es, por ventura, desde que frecuentas aquella mujer mundana, la cual no contenta aún con haber perdido su pobre alma, está ocasionando también la perdición de la tuya? Dime, amigo, ¿cuánto tiempo hace que frecuentas las tabernas y casas de juego? ¿no es desde que conociste aquel desenfrenado? Dime, ¿desde cuándo se te oye vomitar toda suerte de juramentos y maldiciones? ¿no es desde que estás al servicio de aquel dueño cuya boca y cuya garganta no son más que un canal de abominaciones?

Sí, H. M., en el día del juicio, cada libertino verá a otro libertino pedirle su alma, su Dios y su gloria. ¡Ah! desgraciado, se dirán unos a otros, vuélveme el alma que me perdiste, y restitúyeme el cielo que me arrebataste. Desgraciado, ¿dónde está mi alma? arrán-

(1) San Gregorio Magno, — San León Magno, — San Agustín, — Masillón. — Sabido es que Voltaire y otros, a la hora de la muerte, confesaron que se habían engañado, es decir, que vivieron como impíos, y que murieron en la impiedad. (Nota del autor).

El santo autor, en esto, está de acuerdo con el libro de la Sabiduría, que nos muestra a los impíos hablando así de los justos en el día del juicio: «He aquí a los que en otro tiempo habíamos hecho blanco de nuestras burlas y mofas. Nosotros, insensatos, mirábamos su vida como una locura y su muerte como algo deshonroso. Mas ahora son contados en el número de los hijos de Dios, y tienen su herencia entre los Santos...» (Sap., V, 2 y sig.).

cala del infierno donde me has arrojado. ¡ Ah !, a no ser por ti, no habría cometido aquel pecado que es causa de mi condenación. No, no, yo no tenía de ello conocimiento. No, no, jamás hubiera tenido tal pensamiento ; ¡ ah ! ¡ hermoso cielo que tú me has hecho perder ! ¡ Adiós, cielo delicioso que tú me has arrebatado ! ¡ Sí, cada pecador se arrojará sobre el que le dió malos ejemplos y le indujo a cometer los primeros pecados. ¡ Ah !, dirá, ojalá no te hubiese nunca conocido ! ¡ Ah ! si a lo menos hubiese yo muerto antes de verte, ahora estaría en el cielo ; mas no es ya para mí... Adiós, hermoso cielo, por muy poca cosa te perdí... No, H. M., nunca perseveréis si no huís de las compañías mundanas ; en vano querréis salvaros ; no tendréis más remedio que condenaros. O el infierno o la huída, no hay término medio. Determinad cuál de los dos extremos preferís. Desde el momento en que un joven o una joven siguen sus placeres, son joven y doncella condenados... En vano diréis que no obráis mal, que quizá sea yo algo escrupuloso. No puedo menos de repetiros que siempre vendremos a parar en lo mismo, a saber : que, si no cambiáis, un día estaréis en el infierno ; y no solamente lo veréis esto, sino que, además, lo sentiréis. Echemos un velo sobre esta materia, H. M., y pasemos a otro asunto.

III. — He dicho, en tercer lugar, que la oración es absolutamente necesaria para acertar a perseverar en la gracia, después de haber recibido ésta en el sacramento de la Penitencia. Con la oración todo lo podéis, sois dueños, por decirlo así, del querer de Dios ; mas, sin la oración, de nada sois capaces. Esto es suficiente para mostraros la gran necesidad de la oración. Todos los santos comenzaron su conversión por la oración y por ella perseveraron ; y todos los condenados se perdieron por su negligencia en la oración. Digo, pues,

que la oración nos es absolutamente necesaria para perseverar ; mas debo distinguir : no una oración hecha dormitando, sentado en una silla, o tendido en el lecho ; no una oración hecha vistiéndose, desnudándose o andando ; no una oración hecha mientras se aviva la lumbre, o se reprende a los hijos o a los criados ; no una oración hecha dando vueltas al gorro o al sombrero que se tiene entre las manos ; no una oración hecha besando a los hijos o arreglándoles el pañuelo o el delantal ; no una oración hecha mientras se tiene el espíritu ocupado en tal o cual persona ; no una oración hecha precipitadamente como algo que nos fastidia, esperando sólo el momento de librarnos de ella : esto no es orar, es insultar a Dios. Lejos de hallar en ella un medio de asegurar nuestra perseverancia, constituye ella misma una caída ; ya que, en vez de alcanzar mediante su virtud un nuevo grado de gracia, Dios nos retira la que nos concediera, para castigar así el desprecio que hacemos de su presencia. En lugar de debilitar a nuestros enemigos, los fortalecemos ; en lugar de arrancarles las armas con que nos combaten, les proporcionamos otras nuevas ; en lugar de aplacar la justicia de Dios, la irritamos más y más. Tal es, H. M., el provecho que sacamos de nuestras oraciones.

Mas la oración de que os hablo, tan poderosa cerca de Dios, que nos atrae tantas gracias, que parece hasta sujetar la voluntad de Dios, que parece, por decirlo así, forzarle a concedernos lo que le pedimos, viene a ser una oración hecha al impulso de una especie de desesperación y de esperanza. Digo desesperación, considerando nuestra indignidad y el desprecio que hicimos de Dios y de sus gracias, reconociéndonos indignos de comparecer ante su divina presencia y de atrevernos a pedir perdón después de haberlo recibido ya tantas veces y pagado siempre con ingratitud, lo cual debe llevarnos, en todos esos momentos de nuestra vida, a creer

que la tierra va a abrirse debajo de nuestros pies, que todos los rayos del cielo están a punto de caer sobre nuestras cabezas, y que todas las criaturas claman venganza en vista de los ultrajes que hemos inferido a su Criador; y allí, temblando delante de El, estamos aguardando a ver si Dios lanzará sobre nosotros un rayo que nos aplaste, o si se dignará perdonarnos una vez más. Con el corazón quebrantado de dolor por haber ofendido a un Dios tan bueno, dejamos correr nuestras lágrimas de contrición y de gratitud; nuestro corazón y nuestra mente hállanse abismados en la profundidad de nuestra nada y en la grandeza de Aquel a quien hemos ultrajado y el cual nos deja aún la esperanza del perdón. Lejos de mirar el tiempo de la oración como un momento perdido, lo tenemos por el más feliz y precioso de nuestra vida, puesto que un cristiano pecador no debe tener en este mundo otras ocupaciones que llorar sus pecados a los pies de su Dios; lejos de considerar como primeros los negocios temporales y preferirlos a los de su salvación, los mira el cristiano como cosas de nada, o mejor, como obstáculos para su salud espiritual; no le preocupan sino en cuanto Dios le ordena que cuide de ellos, plenamente convencido de que, si él no los gestiona, otros cuidarán de hacerlo; pero que si no tiene la dicha de alcanzar el perdón y tener a Dios propicio, todo está perdido, ya que nadie cuidará de ello. No deja la oración sino con gran pena, los momentos empleados en la presencia de Dios le parecen brevísimos, pasan como el fulgor de un rayo; si su cuerpo sale de la presencia de Dios, su corazón y su mente se quedan constantemente delante de la divinidad. Durante la oración, no hay que pensar en trabajo alguno, ni en arrellanarse en una poltrona, ni en tenderse en el lecho...

He dicho que el cristiano debe estar entre la desesperación y la esperanza. Digo la esperanza, consideran-

do la grandeza de la misericordia del Señor, el deseo que El tiene de hacernos felices, lo que ha hecho para merecernos el cielo. Animados por un pensamiento tan consolador, nos dirigiremos a El con gran confianza, y, como San Bernardo, le diremos: «Dios mío, esto que os pido no lo he merecido, mas lo merecisteis Vos por mí. Si me lo concedéis, es solamente porque sois bueno y misericordioso». Animado por estos sentimientos, ¿qué hace un cristiano? Vedlo aquí. Penetrado del más vivo reconocimiento, toma la resolución firme de no ultrajar jamás a un Dios que acaba de otorgarle el perdón. Tal es, H. M., la oración a que quiero referirme como cosa absolutamente necesaria para obtener el perdón y el don precioso de la perseverancia.

IV. — En cuarto lugar, hemos dicho que, para tener la dicha de conservar la gracia de Dios, debíamos frecuentar los sacramentos. Un cristiano que use santamente de la oración y de los sacramentos, aparece formidable ante el demonio, cual un dragón (τ) montado sobre un corcel, los ojos centelleantes, armado con su coraza, su espada y sus pistolas, en presencia de un enemigo desarmado: su sola presencia le hace retroceder y emprender la fuga. Mas haced que descienda de su caballo y abandone sus armas: pronto su enemigo se le echa encima, le huella con sus pies, y coge cautivo al que, provisto de armas, con su sola presencia parecía aniquilar al enemigo. Imagen sensible de un cristiano provisto de las armas de la oración y los sacramentos. Sí, sí, un cristiano que ore y que frecuente los sacramentos con las disposiciones necesarias, es más formidable ante el demonio que ese dragón de que acabo de hablaros. ¿Qué es lo que hacía a San Antonio tan terrible ante las potencias del infierno, si no

(τ) Soldado de caballería. (N. del Tr.).

la oración? Oíd cómo le hablaba cierto día el demonio: decíale que era él su más cruel enemigo, pues le hacía sufrir tanto. «¡ Ah! cuán poca cosa eres, le dijo San Antonio; yo que no soy más que un pobre solitario, que no puedo sostenerme sobre mis pies, con una simple señal de la cruz provocho tu huída.» Ved además lo que el demonio dijo a Santa Teresa, a saber, que por lo mucho que ella amaba a su Dios, por su frecuencia de sacramentos, en el lugar donde ella había pasado no podía él ni respirar. ¿Por qué? Porque los sacramentos nos dan tanta fuerza para perseverar en la gracia de Dios, que jamás se ha visto a un santo apartarse de los sacramentos y perseverar en la amistad de Dios; y porque en los sacramentos hallaron cuantas fuerzas les eran necesarias para no dejarse vencer del demonio. Os indicaré aquí la razón de ello. Cuando oramos, Dios nos envía amigos, ora sea un santo, ora un ángel, para consolarnos; así sucedió a Agar, la esclava de Abraham (1), al casto José cuando estaba en prisión, y también a San Pedro...; nos hace sentir con mayor fuerza la eficacia de sus gracias a fin de fortalecernos y armarnos de valor. Mas, al recibir los sacramentos, no es un santo o un ángel, es El mismo quien viene revestido de todo su poder para aniquilar a nuestro enemigo. El demonio, al verle dentro de nuestro corazón, se precipita a los abismos (2); aquí tenéis, pues, la razón o motivo por el cual el demonio pone tanto empeño en apartarnos de ellos, o en procurar que los profanemos. Sí, H. M., en cuanto una persona frecuenta los sacramentos, el demonio pierde todo su poder sobre ella. Añadamos, sin embargo, que es preciso distinguir: esto sucede en aquellos que los frecuentan con las disposiciones debidas, que sienten

(1) Gen., XXI, 17.

(2) Ved a Santa Teresa y a San Martín. (Nota del autor).

verdadero horror al pecado, que se aprovechan de todos los medios que Dios nos concede para no recaer y para sacar fruto de las gracias que nos otorga. No quiero referirme a aquellos que hoy se confiesan y mañana caen en las mismas culpas. No quiero hablar de aquellos que se acusan de sus pecados con tanta falta de dolor y arrepentimiento cual si narrasen, por gusto, una historia, ni de los que comparecen sin ninguna o casi ninguna preparación, que acudirán a confesarse quizás sin haber examinado su conciencia, y dirán lo primero que les venga a la mente; que se acercarán a la Sagrada Mesa sin haber sondeado los repliegues de su corazón, sin haber pedido gracia para conocer sus pecados ni implorado el dolor que de ellos deben concebir, sin haber formado propósito alguno de no volver a pecar. No, no, éstos sólo trabajan para su perdición. En vez de luchar contra el demonio, se ponen a su lado, y se labran ellos mismos un infierno. No, no, no es de éstos de quienes quiero hablar. Me refiero a los que salen del tribunal de la penitencia, o de la Sagrada Mesa, dispuestos a comparecer con gran confianza ante el tribunal de Dios, sin temor de verse condenados por no haberse preparado debidamente en sus confesiones o comuniones. ¡Oh, Dios mío! ¡cuán raros son éstos, cuantos cristianos se perdieron por defectos tales de preparación.

V. — He dicho, en quinto lugar, que, para tener la suerte de conservar la gracia recibida en el sacramento de la Penitencia, hemos de practicar la mortificación: este es el camino que siguieron todos los santos. O castigáis vuestro cuerpo de pecado, o no permaneceréis mucho tiempo sin recaer. Ved al santo rey David: para pedir a Dios la gracia de perseverar, castigó su cuerpo durante toda su vida. Ved a San Pablo, quien nos dice que trataba a su cuerpo como a

un caballo. Ante todo, no hemos de dejar pasar comida alguna sin abstenernos de algo, para que, al fin de la misma, podamos ofrecer a Dios alguna privación. Las horas de dormir, de cuando en cuando debemos cercenarlas un poco. Cuando sentimos la comezón de hablar y deseamos decir algo, privémonos de ello en obsequio a Nuestro Señor. Ahora bien, H. M., ¿quiénes hay que tomen todas estas precauciones cuya importancia os acabo de anunciar? ¿Dónde están? ¡Ay! no lo sé. ¡Cuán raros son ellos! ¡cuán reducido es su número! Mas también son raros los que, habiendo recibido el perdón de sus pecados, perseveran en el feliz estado en que el sacramento de la Penitencia los pusiera. ¡Ay! Dios mío, ¿dónde iremos a buscarlos? Entre los que me escuchan ¿existe alguno de esos cristianos dichosos? ¡Ay! ¡quién sabe!

¿Qué debemos sacar, H. M., de todo lo dicho? Vedlo aquí. Si recaemos, como antes, a penas se presenta la ocasión, es que no tomamos mejores resoluciones, que no aumentamos las penitencias, que no redoblamos nuestras oraciones ni nuestras mortificaciones. Temblemos acerca de nuestras confesiones, por temor de que a la hora de la muerte sólo hallemos sacrilegios y, por consiguiente, nuestra perdición eterna. ¡Dichosos, mil veces dichosos, los que perseverarán hasta el fin, ya que tan sólo para ellos es el cielo!...

TERCER DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

SOBRE LAS AFLICCIONES

*Amen, amen dico vobis: quia
plorabitis et flebitis vos; mundus
autem gaudebit.*

En verdad, en verdad os digo :
vosotros lloraréis y gemiréis, mas
el mundo se regocijará.

(S. Juan, XVI, 20.)

¿Quién podrá, H. M., oír sin admiración las palabras del Salvador a sus discípulos antes de subir a los cielos, diciéndoles que su vida no iba a ser más que un seguido de llantos, cruces y sufrimientos ; mientras la gente del mundo se entregará y se abandonará a la alegría insensata y a la risa frenética ? «No es, nos dice San Agustín, que los mundanos, es decir los malos, dejen de tener sus penas, ya que la turbación y la tristeza es la resultancia de una conciencia criminal, y que un corazón desordenado, en su propio desorden halla el suplicio.» ¡ Ay ! a ellos les alcanza aquella maldición que Jesucristo pronunció contra los que sólo piensan en abandonarse al placer y a la alegría. La herencia de los buenos cristianos es muy diferente : deben conformarse con pasar la vida sufriendo y gimiendo ; mas de las lágrimas y el sufrimiento pasarán a una gloria y a un placer infinitos en su magnitud y en su duración ; al paso que la gente del mundo, después de unos momentos de alegría, mezclada, por cier-

to, con muchas amarguras, irán a consumir su eternidad en medio de las llamas. «¡ Ay de los que no pensáis más que en regocijaros, dice Jesucristo, pues vuestros placeres os preparan males infinitos en el lugar de mi justicia ! ¡ Ah ! bienaventurados, dice después a los buenos cristianos, ¡ ah ! bienaventurados, los que dejáis transcurrir vuestros días en el llanto, ya que vendrá día en que yo mismo os consolaré !» Voy, pues, a mostraros, H. M., cómo las cruces, los sufrimientos, la pobreza y los desprecios son la herencia del cristiano que desea salvar su alma y agradar a Dios. Es necesario padecer en este mundo, o perder toda esperanza de ver a Dios en la otra vida. Examinémoslo más de cerca.

I. — Digo, primeramente, que, desde el momento en que somos admitidos entre los hijos de Dios, tomamos una cruz, la cual sólo nos dejará con la muerte. Siempre que Jesucristo nos habla del cielo, no omite el advertirnos que sólo por la cruz y los sufrimientos podemos merecerlo. «Tomad vuestra cruz, dice Jesús, y seguidme, no un día, ni un mes, ni un año, sino toda vuestra vida.» Nos dice San Agustín : «Dejad los placeres y la alegría a los mundanos ; mas vosotros, que sois hijos de Dios, llorad con los hijos de Dios». Los padecimientos y las persecuciones nos son muy útiles desde dos puntos de vista. El primero es porque con ellos hallamos medio de expiar nuestros pecados pasados, ya que, o en este mundo o en el otro, hay que pasar pena por ellos. En este mundo las penas no son infinitas ni en su rigor ni en su duración : provienen de un Dios misericordioso que nos castiga sólo porque tiene propósito de ejercer sobre nosotros la misericordia ; nos hace sufrir un instante para hacernos felices por toda una eternidad. Por grandes que sean las penas que en este mundo suframos, proceden solamente del contacto del dedo meñique de Dios ; al paso que, en la otra vida.

los suplicios y tormentos que hayamos de experimentar, serán engendrados por toda su potencia y furor. Será como si se propusiese agotar sus fuerzas haciéndonos padecer. Nuestros males serán infinitos en su duración y en su rigor. En este mundo, las penas quedan aún dulcificadas por los consuelos y auxilios que hallamos en nuestra santa religión ; mas, en la otra vida, no habrá consuelos ni lenitivos : por el contrario, todo será para nosotros motivo de desesperación. ¡ Oh, dichoso cristiano que deja transcurrir su vida en las lágrimas y sufrimientos, ya que con ello podrá evitar tantos males y procurarse placeres y alegrías eternas !

El santo varón Job nos dice que la vida del hombre no es más que «un seguido de miserias». Veámoslo en detalle. Si, en efecto, andamos de casa en casa, doquiera hallaremos plantada la cruz de Cristo ; aquí, es la pérdida de una fortuna, una injusticia que ha reducido a una desventurada familia a la miseria ; allí, es una enfermedad, que tiene a ese pobre hombre sujeto al lecho del dolor para que pase sus días en medio del sufrimiento ; en otra parte, es una infeliz mujer que moja su pan en las lágrimas, a causa de la tristeza que le causan los excesos de un marido brutal y sin religión. En otra parte veremos a unos pobres ancianos rechazados y despreciados por sus propios hijos, reducidos a morir de pena y de miseria. Si me dirijo a aquella persona, veo en su frente pintada la tristeza : si le pregunto el motivo, me contestará que es acusada de cosas en que ni siquiera se le ocurrió jamás pensar. Finalmente, en otro lugar, me hallo con una casa cuyos muros hacen resonar los clamores de una madre y un hijo que lloran la pérdida de un esposo y de un padre. Ved, H. M., lo que hace que la vida humana sea tan triste y miserable, cuando todo esto lo consideramos sólo humanamente ; mas, si volvemos hacia la santa religión nuestra mirada, conoceremos que contribuye infinitamente a nues-

tra infelicidad el sentirnos desolados y el quejarnos cual lo hacemos.

II. — Además, he de deciros que mucho contribuye a sentirnos más desgraciados el mirar siempre a los que están mejor que nosotros. Un pobre, en su miseria y pobreza, en vez de recordarse de los criminales cargados de cadenas, condenados a pasar sus días entre las paredes de una prisión, o a perder sobre un patíbulo su vida afrentosa, tendrá constantemente fija su mirada en la casa de un gran señor del mundo que nada en la abundancia y se recrea con toda suerte de placeres. Un enfermo, lejos de pensar en los tormentos que experimentan los desgraciados réprobos que se retuercen en las llamas, aplastados por la cólera de un Dios, sin que una eternidad de tormentos pueda borrar el menor de sus pecados, tendrá fijos sus ojos en aquellos a quienes ni la enfermedad ni la pobreza causaron jamás la menor molestia. Esto es, H. M., lo que nos hace considerar nuestros males como insoportables. Mas ¿qué se sigue de aquí sino quejas y murmuraciones que nos hacen perder todo el mérito de los sufrimientos en orden a la consecución del cielo? Y así, por un lado, padecemos sin consuelo y sin esperanzas de recompensa; y por otro, en vez de servirnos de nuestras penas para expiar los pecados, no hacemos otra cosa que aumentarlos con nuestras quejas y nuestra falta de paciencia. Y aquí tenéis la prueba: desde que habláis mal de aquella persona que quería perjudicaros, ¿habéis mejorado por ventura vuestra situación con respecto a ella? ¿apaciguóse su odio? No, H. M., no. Después de tantos años de clamar contra ese marido que os atribula con sus borracheras, sus desórdenes y locas prodigalidades, ¿se ha vuelto acaso más razonable? No, hermana mía, no. Cuando, agobiados por las enfermedades o los reveses de fortuna, os habéis deja-

do llevar por la desesperación, casi hasta pretender aniquilaros, hasta maldecir a los que os dieron la vida, ¿cesaron vuestros males, son más llevaderas vuestras penas? No, H. M., no. Así, pues, H. M., vuestra impaciencia, vuestra falta de sumisión a la voluntad divina, y vuestra desesperación sólo han servido para haceros más desgraciados, no habéis hecho otra cosa que añadir nuevos pecados a los antiguos. ¡Ay! H. M., tal es la suerte desdichada y desesperante de quien perdió de vista el fin por el cual Dios le envía sus cruces.

Pero, me dirá alguno, hemos oído cien veces tales razonamientos; esto son palabras, mas no consuelos; nosotros decimos lo mismo al que hallamos atribulado por las penalidades.—¡Ah! amigo mío, mira, mira a lo alto; saca tu corazón del fango de la tierra donde lo has hundido, desgarrar esa niebla que te oculta los bienes que con tus penas podrías procurarte. ¡Ah! ¡mira a lo alto, contempla la mano de un Padre amoroso que te reserva un sitio feliz en su reino; es un Dios que te hiere para curar las llagas que el pecado ha abierto en tu pobre alma; es un Dios que te hace sufrir para coronarte de gloria inmortal!...

¿Queréis saber, H. M., cómo hemos de recibir las cruces que nos vienen, sea de la mano de Dios, sea de las criaturas? Vedlo aquí. Hemos de hablar como el santo Job, quien, después de haber perdido riquezas inmensas y una numerosa familia, no se revolvió ni contra el fuego del cielo que había quemado una parte de sus rebaños, ni contra los ladrones que se llevaron la restante, ni contra el viento impetuoso que había derribado su casa y aplastado a sus pobres hijos; sino que se limitó a decir: «¡Ay! la mano del Señor ha sido dura conmigo». Cuando, sin tener otro lecho, por espacio de un año, que un estercolero, cubierto de llagas, sin recursos ni consuelos, despreciado de unos, aban-

donado de otros, perseguido por su misma mujer, la cual, en vez de consolarle, se mofaba de él, diciéndole : «Pide a Dios que te envíe la muerte para que cesen estos males. ¿Ves a tu Dios, a quien sirves con tanta fidelidad, ves cómo te trata?», «Cállate, le responde el santo varón ; si recibimos con acciones de gracias los bienes de su mano bienhechora, ¿por qué no recibiremos en igual forma los males con que nos aflige?»

Mas, pensaréis, no podemos comprender por qué, siendo Dios la misma bondad y amándonos infinitamente, nos aflige de tal modo. Preguntadme, pues, también, si es posible que un buen padre castigue a su hijo, que un médico propine a su enfermo un remedio amargo. ¿Juzgáis cosa mejor el permitir a aquel hijo su vida de libertinaje, antes que castigarle a fin de que se decida a emprender el camino de salvación que le ha de conducir al cielo? ¿Pensáis que el médico obrará mejor dejando perecer a sus enfermos, antes que prescribirles medicinas amargas? ¡Oh! ¡cuánta ceguera la nuestra, si razonamos de esta suerte! Necesario es que Dios nos castigue, so pena de no ser contados en el número de sus hijos ; pues el mismo Jesucristo nos dice que el cielo sólo será para aquellos que sufran y luchen hasta la muerte. ¿Y vais a creer, H. M., que Jesucristo no dice verdad? Examinad, además, la vida que llevaron los santos ; observad el camino que siguieron ; en el momento en que dejan de sufrir, se creen ya abandonados de Dios. «Dios mío, Dios mío, exclamaba llorando San Agustín, no me compadezcáis en este mundo, hacedme sufrir mucho ; con tal que me tratéis con misericordia en el otro, estoy ya contento.» «¡ Oh, cuán dichoso soy, decía San Francisco de Sales al verse enfermo, por haber hallado un medio tan fácil con que expiar mis faltas ! ¡ Oh ! ¡ mucho más dulce y consolador es satisfacer a la justicia de Dios en un lecho de dolor, que no tener que satisfacerla

en el ardor de las llamas!» Y yo añadido a lo que dicen los santos, que los sufrimientos, las persecuciones y otras miserias son los medios más eficaces para acercar el alma a Dios. En efecto, vemos que los más grandes santos son los que más sufrieron: Dios sólo distingue a sus amigos mediante la cruz que les envía. Mirad a San Alejo, que permaneció durante catorce años acostado de un mismo lado (el cual estaba del todo desollado) y, en esta cruel situación, resignábase diciendo: «Dios mío, sois justo, y me castigáis porque soy un pecador y porque me amáis.» Ved además a Santa Liduina, cuya hermosura era extraordinaria, pidiendo a Dios que, si su hermosura podía ser motivo de caer y perder el alma, le hiciera la gracia de quitársela. En aquel momento quedó totalmente cubierta de lepra, lo cual la hizo objeto de horror a los ojos del mundo; y duró esto treinta y ocho años, es decir, hasta el fin de su vida, sin que en todo aquel tiempo dejase ella escapar palabra alguna de queja. ¡Cuántos de los que están en el infierno, H. M., estarían ahora en el cielo, si Dios les hubiese hecho la gracia de enviarles una larga enfermedad. Oíd a San Agustín: «Hijos míos, nos dice, en los sacrificios, animaos con el pensamiento de la recompensa que os está preparada».

Cuéntase en la historia que una pobre mujer se hallaba, hacía muchos años, sepultada en un lecho de dolor; un día alguien le preguntó qué era lo que le infundía valor para sufrir con tanta paciencia: «¡Oh!, dijo ella, estoy tan contenta de ser lo que Dios quiere que sea, que no cambiaría mi situación por ningún imperio del mundo. Al pensar que Dios quiere que padezca, quedo ya plenamente consolada». Santa Teresa nos dice que, habiéndosele aparecido un día Jesucristo, le dijo: «Hija mía, no te asustes al ver lo que ves; mis fieles servidores pasan la vida en la cruz y en el desprecio; cuanto más mi Padre ama a uno, mayores su-

frimientos le envía». San Bernardo recibía las cruces con tantas muestras de gratitud, que en cierta ocasión decía llorando al Señor : « ¡ Ah ! Señor, cuán dichoso sería si tuviese la fuerza reunida de todos los hombres para poder sufrir el peso de todas las cruces del universo ! » Santa Isabel, reina de Hungría, al ser arrojada del palacio por sus propios súbditos y arrastrada en el fango, en vez de pensar en castigarlos, corrió a la iglesia para hacer que se cantase un *Te Deum* en acción de gracias. San Juan Crisóstomo, aquel gran amante de la cruz, decía que prefería sufrir con Jesucristo a reinar con El en el cielo. San Juan de la Cruz, después de haber soportado toda la crucidad de sus hermanos, los cuales le encerraron en la cárcel y le golpearon con tanta fiereza que quedó su cuerpo cubierto de sangre ; ¿ qué contestó a los que fueron testigos de aquellos horrores ? « ¡ Oh !, amigos míos, vosotros lloráis por mis sufrimientos, y yo os digo que no he experimentado nunca momentos más felices ». Habiéndosele aparecido Jesucristo, le dijo : « Juan, ¿ qué cosa quieres pedirme en recompensa de lo que sufres por mi amor ? ¡ Ah !, exclamó, ¡ Señor, haced que sufra yo más y más ! » Convengamos, pues, todos, H. M., en que los santos comprendían mejor que nosotros la dicha que encierra el padecer por Dios.

Óyese decir a muchos de vosotros, cuando os halláis agobiados por algún dolor : Pero ¿ en qué he ofendido yo al Señor, para experimentar tantas miserias ? — ¿ Qué mal has hecho, amigo, para que Dios te aflija de esta manera ?... Repasa los mandamientos de la ley de Dios, uno a uno, y ve si hay uno solo contra el cual no hayas pecado. ¿ Qué mal has hecho ?... Recorre todos los años de tu juventud, reproduce en tu memoria todos los días de tu miserable vida ; y después de esto preguntarás « ¿ qué mal has hecho para que Dios te aflija de tal suerte ? » ¿ Acaso tienes por nada los hábitos vergonzoso-

sos en que te has envilecido durante tanto tiempo? ¿Tienes acaso por nada ese orgullo, que te hace considerar digno de ver todo el mundo postrado a tus plantas, sólo porque posees algunas piezas de terreno más que los demás, las cuales serán tal vez causa de tu condenación? ¿Consideras, pues, nada esa ambición que no te deja jamás contento, ese amor propio, esa vanidad que te tiene continuamente ocupado, esa viveza de genio, esos resentimientos, esas intemperancias, esos celos? ¿Tienes como cosa de nada esa horrorosa negligencia respecto a los sacramentos y a todo cuanto mira a la salvación de tu pobre alma? Nada de eso tienes en cuenta; mas ¿eres por eso menos culpable? Pues bien, amigo mío, si eres culpable, ¿no es justo que Dios te castigue? Dime, amigo, ¿qué penitencia has hecho para expiar tantos pecados? ¿Dónde están tus ayunos, tus mortificaciones, tus buenas obras? Si, después de tantos pecados, no has derramado una sola lágrima; si, después de tanta avaricia, te has contentado con dar alguna pequeña limosna; si, después de tanto orgullo, no has querido experimentar la menor humillación; si, después de haber abandonado tantas veces tu cuerpo al pecado, no quieres oír hablar de penitencia, preciso es que el cielo se tome justicia, toda vez que tú mismo no te la quieres tomar.

¡Ay! ¡cuán ciegos somos! Quisiéramos obrar el mal sin que se nos castigase, o mejor, quisiéramos que Dios dejase de ser justo. Pues bien, Señor, dejad vivir tranquilo a ese pecador, no descarguéis sobre él vuestra mano dura, dejadlo cebar como una víctima destinada a la eterna venganza, y en aquel fuego sobrada ocasión habrá para que satisfaga a vuestra justicia; disminuíd sus penas en este mundo, ya que él lo quiere así; en las llamas eternas bien sabréis obligarle a una penitencia inútil y sin fin. ¡Oh, Dios mío! haced que jamás nos llegue tal desdicha. «¡Oh! más bien, exclam-

ma San Agustín, multiplicad mis aflicciones y sufrimientos cuanto os plazca, con tal que me miréis con misericordia en la otra vida».

Pero, dirá otro, todo esto es para los que cometieron gravísimos pecados, mas yo, gracias a Dios, poco es el mal que he hecho. — ¡ Ah, sí ! crees, pues, que, por parecerle a ti que no has cometido grandes pecados, tampoco debes sufrir. Pues yo te diré : precisamente porque procuras obrar el bien, Nuestro Señor te aflige y permite que se burlen de ti, que te desprecien, que se ridiculice tu devoción ; es el mismo Dios quien te hace sufrir penalidades y dolencias. ¿ Te extraña esto, amigo mío ? Fíjate en Jesucristo, tu verdadero modelo, y mira si hubo un solo momento de su vida en que no sufriera lo que el hombre jamás será capaz de comprender. Dime, ¿ por qué le perseguían los fariseos, buscando continuamente ocasión para sorprenderle y condenarle a muerte ? ¿ Era por ser culpable ? No, indudablemente ; mas he aquí la razón. Sus milagros y sus ejemplos de humildad y pobreza eran la condenación del orgullo de ellos y de sus malas acciones. Mejor dicho, H. M., si nos fijamos en las Sagradas Escrituras, veremos cómo, desde el comienzo del mundo, los sufrimientos, los desprecios y las burlas fueron la herencia de los hijos de Dios : es decir, de los que quisieron agradar a Dios. En efecto, ¿ quién será capaz de despreciar y escarnecer a una persona que cumple sus deberes religiosos, sino un infeliz réprobo que el infierno habrá vomitado sobre la tierra para hacer sufrir a los buenos, o para ver si consigue arrastrarlos consigo a los abismos donde él mora ya para siempre ? ¿ Queréis de ello una prueba ? ¿ Por qué Caín mató a su hermano ? ¿ No fué porque obraba mejor que él ? ¿ no le quitó la vida precisamente por no haber podido inducirle al mal ? ¿ Cuál era el propósito de los hermanos de José, cuando le arrojaron en una cisterna ? ¿ No era ello porque la vida

santa de José condenaba su conducta libertina? ¿Qué es lo que atrajo tantas persecuciones contra los apóstoles, los cuales a cada momento, por decirlo así, eran encerrados en la cárcel, azotados, apaleados, y cuya vida, después de la muerte de Jesucristo, fué un martirio continuo, hasta acabar todos ellos sus días de la manera más cruel y dolorosa? ¿Qué mal hacían, pues, ocupándose sólo en buscar la gloria de Dios y la salvación de su alma? ¿Se os desprecia, se os insulta y se os persigue, con todo y no inquietar a nadie? Tanto mejor. Si no tuvieseis nada que sufrir, ¿qué podríais ofrecer a Dios en la hora de la muerte?

Pero, me diréis, esos perseguidores ofenden a Dios; haciendo sufrir a los demás, ellos se pierden; si Dios quisiese, se lo impediría. — Ciertamente que, si El quisiese, se lo impediría. ¿Por qué sufría Dios a los tiranos? Tan fácil le era el castigarlos como el conservarlos; mas Dios se servía de sus malos intentos para probar a los buenos y apresurar su felicidad. No hay duda de que debéis compadecer a aquellos insensatos y rogar a Dios por ellos, mas no precisamente porque os desprecian y se mofan de vosotros, ya que Dios se sirve de ellos para haceros ganar el cielo; sino por el mal que se causan a sí mismos. En efecto, hay que convenir en que es mucha ceguera despreciar a uno porque sirve a Dios mejor que nosotros, busca con mayor diligencia el camino del cielo, y practica mayor número de buenas obras y de penitencias. Cosa es ésta que no se acaba de comprender. Si quieres condenarte, ¡condénate! Mas ¿por qué te enojas al ver que voy donde tú no quieres ir? Quiero ir al cielo; si tú no vas, será ciertamente porque no quieres. Abre los ojos, amigo, y reconoce tu ceguera: ¿qué provecho vas a sacar, impidiéndome que sirva a Dios, o siendo la causa de que me condene? Abre los ojos, repito, y date cuenta de tu extravío. Procura imitar a los que hasta

el presente despreciaste, y hallarás tu dicha en este mundo y en el otro.

Pero, me dirás, ningún daño hice a los que me atormentan; ¿por qué quieren, pues, dañarme a mí? — Tanto mejor para ti, amigo, ésta es buena señal, así estás seguro de andar por el camino que lleva al cielo. Oye al Señor: «Tomad vuestra cruz y seguidme; se me persigue a mí y también se os perseguirá a vosotros; se me desprecia a mí y también se os despreciará a vosotros; mas, en vez de desanimaros, dad lugar a vuestro gozo, ya que os está prometida una gran recompensa en el cielo. Aquel que no está dispuesto a sufrirlo todo, incluso perder la vida por mi amor, no es digno de mí». ¿Por qué causa quedó ciego el santo varón Tobías? ¿No fué porque era un hombre de bien? Escuchad a Jesucristo hablando a San Pedro mártir, cuando se quejaba de un ultraje que se le infería siendo inocente: «Y yo, Pedro, ¿qué mal había hecho cuando me dieron muerte?»

Convengamos todos, H. M., en que, mientras nadie os importuna y anda todo según vuestro deseo, hacéis al Señor promesas muy halagüeñas; mas a la primera y más insignificante burla, al menor desprecio, o a la más leve broma que se permita un impío, que no tiene fuerza para hacer lo que vosotros, os avergonzáis y abandonáis el servicio de Dios. ¡Ah! ingrato, ¿no te acuerdas ya de lo que Dios ha sufrido por tu amor? Porque se te ha dicho que te finges bueno, que eres un hipócrita, que eres peor que aquellos que nunca se confiesan, ¿has abandonado a Dios para ponerte al lado de los que se van a condenar? Deténte, amigo mío, no llegues más allá, reconoce tu locura y no quieras precipitarte al infierno.

III. — Decidme, H. M., ¿qué vamos a responder cuando Dios se digne confrontar nuestra vida con la de

tantos mártires, de los cuales unos fueron descuartizados por sus verdugos, otros se pudrieron en las cárceles, antes que hacer traición a su fe? No, H. M., si somos buenos cristianos, nunca habremos de quejarnos por las burlas que se hagan a nuestra costa; por el contrario, cuanto más se nos desprecie, más contentos deberemos mostrarnos, y mayor fervor poner en nuestra oración por aquellos que nos persiguen; abandonemos toda venganza en manos del Señor, y, si El la considera oportuna para su gloria y nuestra salvación, tened por cierto que hará sentir su peso al culpable. Ved a Moisés, agobiado por las injurias que le inferían su hermano y su hermana: a tales insultos, opone él una bondad y una caridad tan grandes, que llega a mover al mismo Dios. El Espíritu Santo dice que era «el hombre más dulce de los que a la sazón moraban en la tierra». El Señor envió una horrible lepra a su hermana, en castigo de lo que contra su hermano había murmurado. Al verla castigada, Moisés, lejos de complacerse en ello, dijo a Dios: «¡ Ah! Señor, ¿por qué habéis castigado a mi hermana? Bien sabéis que nunca os he pedido venganza; curad, si os place, a mi hermana». Dios no pudo resistir a tanta bondad y curóla al instante.

¡ Oh, qué dicha para nosotros, H. M., si, en los desprecios y burlas de que somos objeto, sabemos portarnos de la misma manera! ¡ Qué tesoros para el cielo! No, H. M., mientras no lleguemos hasta hacer bien a los que nos desprecian, preferirlos a nuestros amigos, no oponer a sus ultrajes otra cosa que bondad y caridad, no seremos contados en el número de los que Dios tiene destinados para el ciclo. ¿Sabéis lo que somos? Vedlo aquí. Nos asemejamos a aquellos soldados que, en tanto no se hallan ante el peligro, parecen invencibles, mas, en cuanto éste se presenta, emprenden la fuga; así también, mientras se añaba nuestra manera de portarnos y se tributan elogios a nuestras buenas obras,

pensamos que nada es capaz de hacernos caer, pero la cosa más insignificante ocasiona nuestra caída y nos hace abandonar todo. Dios mío, ¡cuán ciego es el hombre al creerse capaz de algo, cuando sólo es bueno para haceros traición y perderse! Pero digo además, H. M., que nada es tan eficaz para convertir a aquellos que hacen trizas de nuestra reputación, como la dulzura y la caridad. Son impotentes para resistir a su fuerza. En todo caso, si están ya demasiado endurecidos, si pusieron ya el sello a su reprobación, quedarán confundidos, se apartarán como desesperados. Ved una prueba de ello. Refiérese que San Martín tenía a su servicio un familiar, recogido por él desde su infancia. Por más que hizo todos los posibles para educarle en el servicio de Dios, salió un verdadero libertino, un escandaloso; infería a su santo obispo toda suerte de injurias y de ultrajes. Mas San Martín, lejos de arrojarle de su casa cual merecía, le trató con gran caridad, hasta el punto de que parecía multiplicar sus cuidados a proporción de los insultos que de su servidor recibía. A cada momento postrábase a los pies de Jesús Crucificado derramando lágrimas e implorando su conversión. De repente, el joven abrió los ojos; considerando, por una parte, la caridad de su obispo, y por otra las injurias con que le había agobiado, corrió a arrojarse a sus plantas para pedirle perdón. El obispo le recibió en sus brazos y bendijo a Dios por haberse apiadado de aquella pobre alma. Aquel joven fué durante el resto de su vida un modelo de virtud y tenido por santo. Antes de morir repitió muchas veces que la paciencia y la caridad de San Martín le habían valido la gracia de la conversión.

Sí, H. M., ved lo que lograríamos también nosotros, si, en vez de volver injuria por injuria, acertáramos a oponer solamente la caridad. ¡Ay! los santos, cuando no se les ofrecía ocasión de ser despreciados, la buscaban. Ved un ejemplo de ello. Leemos en la vida de San

Atanasio que una dama, con el designio de trabajar por la gloria del cielo, fuése al encuentro del obispo pidiéndole uno de esos pobres que se sostienen de limosnas, para cuidar ella misma de socorrerle; pues, decía ella, quisiera ejercitar un poco mi paciencia. El santo obispo le envió una mujer en extremo humilde, la cual no podía acostumbrarse a que tal dama la sirviese. Cada vez que ella le prodigaba algún favor, la pobre mujer se deshacía en actos de gratitud. No contenta la dama con aquellos homenajes, fué a ver al obispo y le dijo: «Señor, no me habéis servido tal como deseaba; me habéis dado una persona que me llena de confusión con su humildad. Al hacerle el menor servicio, se inclina hasta el suelo; dadme otra». Viendo el obispo el anhelo de padecer que tenía aquella dama, le dió una pobre de carácter orgulloso, colérico y despreciativo. Cuantas veces aquella dama la servía, llenábala de injurias, diciendo que ella la había solicitado, no para prodigarle sus cuidados, sino para hacerla sufrir. Llegó hasta a golpearla; y ¿qué hizo la señora, H. M.? Vedlo aquí: cuanto más la insultaba, mayor diligencia ponía la dama en servirla, sin desfallecer en lo más mínimo a pesar de todas cuantas penas le causase. ¿Qué se siguió de aquello? Pues que, movida aquella mujer por tanta caridad, se convirtió y murió como una santa. ¡Oh! H. M., ¡cuántas almas, en el día del juicio, se nos quejarán por no haber opuesto siempre la bondad y la caridad a sus injurias! Merced a ello estarían en el cielo, mientras ahora arden, y arderán por toda una eternidad.

Si, al comenzar, hemos dicho, H. M., que las cruces, así como todas las miserias de la vida, eran enviadas por Dios para satisfacer a su justicia por nuestros pecados, podemos también decir que son ellas un preservativo para no caer. ¿Por qué ha permitido Dios que se os lesionase en vuestros derechos, o que otro os en-

gañase? Ved la razón de ello. Es que Dios, que conoce el porvenir, ha previsto que vuestro corazón se aficionaría demasiado a las cosas de la tierra y por ellas perderíais de vista el cielo. Permite que sea manchada vuestra reputación, que se os desacredite; ¿y por qué, H. M., sino porque sois demasiado orgullosos, demasiado celosos de vuestra reputación? Por esta misma causa ha permitido que fueseis humillados, a fin de libraros de la eterna condenación. Para terminar, H. M., os diré que nadie hay tan desgraciado en esto de soportar las cruces como un hombre sin religión. Unas veces se acusa a sí mismo diciendo: Si hubiese tomado estas medidas, tal desgracia no me hubiera ocurrido. Otras veces acusa a los demás: Aquella persona es la causa de mis males; no he de perdonárselo nunca. Se desea la muerte a sí mismo y la desea a ella. Maldice el día en que nació; cometerá mil bajezas, que creará lícitas para salir de aquel mal paso; mas es en vano: su cruz, o mejor, su infierno le seguirá a todas partes.

Tal es el fin desdichado de aquel que sufre sin dirigir sus ojos a Dios, único que puede darle consuelo y alivio. Mas contemplad al que ama a Dios y desea ir a verle en el cielo: ¡Oh, Dios mío, dice, cuán poca cosa son mis sufrimientos, en comparación de las penas que mis pecados merecen para la otra vida! Me destináis a sufrir unos momentos en este mundo, para hacerme feliz durante toda la eternidad. ¡Cuán bueno sois, Dios mío! Hacedme sufrir; sea yo objeto de desprecio y horror a los ojos del mundo, con tal que tenga la suerte de agradaros; nada más me cabe desear. De aquí hemos de concluir, H. M., que el que ama a Dios es dichoso aun en medio de las más encarnizadas tempestades del mundo. ¡Dios mío, haced que nunca dejemos aquí de sufrir, para que, después de haberos imitado en la tierra, vayamos a remar con Vos en el cielo!

QUINTO DOMINGO DESPUÉS DE PASCUA

SOBRE LA ORACIÓN

*Amen, amen dico vobis: si quid
petieritis Patrem in nomine meo,
dabit vobis.*

En verdad os digo, todo cuanto
pediréis a mi Padre en mi nom-
bre, os lo concederá.

(S. Juan, XVI, 23.)

Nada más consolador para nosotros, H. M., que las promesas que Jesucristo nos hace en el Evangelio, al decirnos que todo cuanto pidamos a su Padre en su nombre, nos será concedido. No contento con esto, H. M., no solamente nos permite pedirle lo que deseamos, sino que nos insta a ello, llegando hasta a mandárnoslo. Así hablaba a sus Apóstoles (1): «He aquí que hace ya tres años estoy con vosotros y no me pedís nada. Pedidme, pues, a fin de que vuestra alegría sea llena y perfecta». Lo cual nos indica que la oración es la fuente de todos los bienes y de toda la felicidad que podemos esperar aquí en la tierra. Siendo esto así, H. M., si nos hallamos tan pobres, tan faltos de luces y de dones de la gracia, es porque no oramos o lo hacemos mal. ¡Ay! H. M., digámoslo con pena: muchos ni siquiera saben lo que sea orar, y otros sólo sienten

(1) Usque modo non petistis quidquam in nomine meo: petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum (Ioann., XVI, 24).

repugnancia por un ejercicio tan dulce y consolador para todo buen cristiano. En cambio, vemos a algunos orar pero sin alcanzar nada, lo cual proviene de que oran mal: es decir, sin preparación y hasta sin saber lo que van a pedir a Dios. Mas, para mejor haceros sentir la magnitud de los bienes que la oración nos procura, H. M., os diré que todos los males que nos agobian en la tierra vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal; y si queréis saber la razón de ello, aquí la tenéis: si acertásemos a orar ante Dios cual debe hacerse, nos sería imposible caer en pecado; y si nos hallásemos exentos de pecado, volveríamos a un estado, por decirlo así, semejante al de Adán antes de su caída. Para animaros, H. M., a orar con frecuencia y a orar debidamente, voy a mostraros: 1.º cómo sin la oración nos es imposible salvarnos; 2.º cómo la oración lo puede todo delante de Dios; 3.º qué cualidades ha de reunir la oración para ser agradable a Dios y meritoria para el que la hace.

I. — Para mostraros, H. M., el poder de la oración y las gracias que del cielo nos alcanza, os diré que por la oración es como los justos han tenido la dicha de perseverar. La oración es para nuestra alma lo que la lluvia para el campo. Abonad un campo, cuanto os plazca; si falta la lluvia, de nada os servirá cuanto hayáis hecho. Así también, practicad cuantas buenas obras os parezcan bien; si no oráis debidamente y con frecuencia, nunca alcanzaréis vuestra salvación; pues la oración abre los ojos del alma, hácele sentir la magnitud de su miseria, la necesidad de recurrir a Dios y de temer su propia debilidad. El cristiano confía solamente en Dios, nada espera de sí mismo. Sí, H. M., por la oración es como perseveraron los justos. En efecto, ¿qué fué lo que condujo a ciertos santos a aceptar tan grandes sacrificios como el abandonar todas sus riquezas, sus

parientes y sus comodidades, para ir a pasar el resto de su vida en la selva, y allí llorar sus pecados? Era, H. M., la oración lo que inflamaba sus corazones con el pensamiento de la presencia de Dios, con el deseo de agradarle y de no servir más que a El. Mirad a Magdalena; ¿en qué se ocupa después de su conversión? ¿No es por ventura en la oración? Mirad a San Pedro; mirad aún a San Luis, rey de Francia, quien, en sus viajes, en vez de pasar la noche durmiendo en su lecho, pasábala en una iglesia orando y pidiendo a Dios el don precioso de perseverar en su gracia. Mas, sin ir tan lejos, H. M., ¿no observamos en nosotros mismos cómo, a medida que descuidamos la oración, vamos perdiendo el gusto por las cosas del cielo? no pensamos más que en la tierra; pero, si reanudamos nuestra oración, sentimos renacer también en nosotros el pensamiento y el deseo de las cosas del cielo. Sí, H. M., cuando tenemos la dicha de estar en gracia de Dios, o bien recurriremos a la oración, o podemos tener la certeza de no perseverar largo tiempo en el camino del cielo.

En segundo lugar, decimos, H. M., que todos los pecadores, salvo extraordinario e insólito milagro, se convirtieron por la oración. Mirad lo que hace Santa Mónica para alcanzar la conversión de su hijo: o bien la hallaréis al pie del crucifijo, orando y llorando; o bien la veréis junto a personas buenas y prudentes para recabar su auxilio y sus oraciones. Ved al mismo San Agustín cuando quiso de veras convertirse; miradle en el jardín, entregado a la oración y a las lágrimas a fin de mover el corazón de Dios y cambiar el suyo. Sí, H. M., por más que seamos pecadores, si recurrimos a la oración y la practicamos debidamente, podremos estar seguros de que Dios nos ha de perdonar. ¡Ah! H. M., no nos extrañe, pues, que el demonio haga todo lo posible para movernos a dejar la oración o a practi-

carla mal, pues sabe mejor que nosotros cuán temible sea ella al infierno y cómo es imposible que Dios pueda denegarnos lo que le pedimos al orar. ¡Oh! ¡cuántos pecadores saldrían del pecado, si acertasen a recurrir a la oración!

En tercer lugar, digo que todos los condenados se perdieron porque no oraron o porque oraron mal. De lo cual deduzco, H. M., que, sin la oración, habremos de perdernos por toda una eternidad, mientras que, con la oración bien hecha, tenemos la seguridad de salvarnos. Sí, H. M., los santos estaban de tal manera convencidos de la eficacia de la oración, que, no contentos con dedicarse a ella durante el día, empleaban en tal ejercicio noches enteras. ¿Por qué, pues, H. M., sentimos tanta repugnancia por una práctica tan dulce y consoladora? ¡Ay! H. M., es porque la hacemos mal, y nunca hemos sentido las delicias que en ella experimentaban los santos. Mirad a San Hilarión, que oró durante cien años sin interrupción, y aquellos cien años fueron para él tan cortos que su vida le pareció un relámpago. En efecto, H. M., la oración bien hecha es aceite balsámico que se extiende por toda el alma y parece hacernos sentir ya la felicidad de que gozan los bienaventurados en el cielo. Es esto tan cierto, que leemos en la vida de San Francisco de Asís que, estando en oración, caía muchas veces en éxtasis, hasta tal punto que no podía discernir si se hallaba en la tierra, o en el cielo entre los bienaventurados. Tan abrasado estaba por el fuego divino que la oración encendía en su corazón, que llegaba a comunicarle calor sensible. Un día, mientras se hallaba en la iglesia, sintió un acceso de amor tan violento, que hubo de exclamar en alta voz: «Dios mío, no puedo más».

—Pero, pensaréis para vosotros mismos, esto sucederá a los que saben orar bien y proferir hermosas palabras. — No es, H. M., a las largas y bellas oraciones a lo que

Dios mira, sino a las que salen del fondo del corazón, con gran reverencia y vehemente deseo de agradarle. Ved de ello un hermoso ejemplo. Refiérese en la vida de San Buenaventura, gran doctor de la Iglesia, que un religioso muy sencillo le dijo: «Padre mío, ¿creéis que yo, con mi poca instrucción, podré orar y amar a Dios?» San Buenaventura le contestó: «¡Ah! amigo mío, precisamente los simples y humildes son los que más agradan a Dios y aquellos a quienes El ama con mayor ternura». Admirado aquel religioso de lo que acababa de saber, se fué a la puerta del monasterio, y decía a cuantos pasaban por allí: «Venid, amigos míos, tengo que daros una buena noticia: el doctor Buenaventura me ha dicho que nosotros, aunque ignorantes, podemos amar a Dios tanto como los sabios. ¡Qué dicha para nosotros, poder amar y agradar a Dios, con todo y ser ignorantes!» Ya veis, pues, H. M., cómo es cosa fácil y consoladora orar delante del Señor.

Decimos que la oración es la elevación de nuestro corazón a Dios. Mejor dicho, H. M., es una dulce conversación de un hijo con su padre, de un súbdito con su rey, de un criado con su dueño, de un amigo con su amigo en el seno del cual deposita sus tristezas y sus penas. Para mejor haceros cargo de la excelcitud de la oración, considerad cómo es una vil criatura la que Dios recibe en sus brazos para prodigarle toda suerte de bendiciones. ¿Queréis saber aún más, H. M.? La oración es la unión de cuanto hay de más vil con lo más grande, más poderoso, más perfecto en todos los órdenes que imaginar podamos. Decidme, H. M., ¿necesitamos algo más para penetrarnos de la excelencia y necesidad de la oración? Ya veis, pues, H. M., cuán necesaria sea ella para agradar a Dios y salvarnos.

Por otra parte, no podemos hallar la felicidad aquí en la tierra si no amamos a Dios; y solamente podemos amarle orando. Así vemos que Jesucristo, para animar-

nos a recurrir frecuentemente a la oración, nos promete no denegarnos nada cuando oremos de la manera debida. Mas no hay necesidad de ir muy lejos para convenenos de que debemos orar con frecuencia; no tenéis más que abrir el catecismo, y allí veréis que el deber de todo buen cristiano es orar por la mañana, por la noche, y a menudo durante el día: o sea, hemos de orar siempre.

Un cristiano que desee salvar su alma, por la mañana, al despertarse, debe hacer la señal de la cruz, consagrar su corazón a Dios, ofrecerle todas sus obras, y prepararse para la oración. No ha de empezarse jamás el trabajo sino después de haber orado; y debe orarse de rodillas, delante del crucifijo, después de haber tomado agua bendita. No perdamos nunca de vista, H. M., que es la mañana el momento en que Dios nos tiene preparadas todas las gracias necesarias para pasar santamente el día; pues El sabe y conoce todas las ocasiones que de pecar se nos presentarán, y todas las tentaciones a que el demonio nos someterá durante el día; y si oramos de rodillas y cual debemos, el Señor nos otorgará todas las gracias que necesitemos para no sucumbir. Por esto el demonio hace cuanto puede para que dejemos la oración o la hagamos mal, plenamente convencido, como lo confesó un día por boca de un poseso, de que, si puede obtener para sí el primer momento de la jornada, tiene ya la seguridad de obtener también lo restante. ¿Quién de nosotros, H. M., podrá oír, sin llorar de compasión, a esos pobres cristianos que se atreven a decirnos que no tienen tiempo para orar? ¡Pobres ciegos! ¿Qué obra es más preciosa, la de trabajar por agradar a Dios y salvar el alma, o la de dar de comer al ganado de las cuadradas, o bien llamar a los hijos o sirvientes para enviarlos a remover la tierra o el estercolero? ¡Dios mío, cuán ciego es el hombre!... ¡No tenéis tiempo! mas decidme, ingratos, si Dios os

hubiese enviado la muerte esta noche, ¿habrías trabajado? Si Dios os hubiese enviado tres o cuatro meses de enfermedad, ¿habrías trabajado? Id, miserables, merecís que el Señor os abandone en vuestra ceguera y en ella perezcáis. ¡Hallamos ser demasiado dedicarles algunos minutos para agradecer las gracias que en todo momento nos concede!—Quieres dedicarte a tu tarea, dices.—Pero, amigo mío, te engañas miserablemente, ya que tu tarea no es otra que agradar a Dios y salvar tu alma; todo lo demás no es tu tarea: si tú no la haces, otros la harán; mas si pierdes el alma, ¿quién la salvará? Vete, eres un insensato: cuando estés en el infierno, entonces conocerás lo que debías practicar y, desgraciadamente, no has practicado.

Pero, me diréis, ¿cuáles son las ventajas que con la oración obtenemos, para que hayamos de orar con tanta frecuencia?—Vedlas, H. M. La oración hace que hallemos menos pesada nuestra cruz, endulza nuestras penas y nos vuelve menos apegados a la vida, atrae sobre nosotros la mirada misericordiosa de Dios, fortalece nuestra alma contra el pecado, nos hace desear la penitencia y nos inclina a practicarla con gusto, nos hace comprender y sentir hasta qué punto el pecado ultraja a Dios Nuestro Señor. Mejor dicho, H. M., mediante la oración agradamos a Dios, enriquecemos nuestras almas y nos aseguramos la vida eterna. Decidme, H. M., ¿necesitamos aún más para decidarnos a que nuestra vida sea una continua oración mediante nuestra unión con Dios? ¿Cuando se ama a alguien, hay necesidad de verle para pensar en él? No, ciertamente. Por lo mismo, H. M., si amamos a Dios, la oración nos será tan familiar como la respiración. Sin embargo, H. M., debo advertiros que, para orar de manera que dicha práctica pueda lograrnos los favores que os acabo de enumerar, no basta dedicar a ella un breve instante, ni hacerla con precipitación. Dios quiere que

empleemos en la oración el tiempo conveniente, que haya espacio suficiente para pedirle las gracias que nos son necesarias, agradecerle sus favores y llorar nuestras culpas pasadas, pidiéndole perdón de las mismas.

Pero, me diréis, ¿cómo podremos orar continuamente? — Nada más fácil, H. M.: ocupándonos de Nuestro Señor, de tiempo en tiempo, mientras trabajamos; ora haciendo un acto de amor, para testimoniarle que le amamos porque es bueno y digno de ser amado; ora un acto de humildad, reconociéndonos indignos de las gracias con que no cesa de enriquecernos; ora un acto de confianza, pensando que, aunque miserables, sabemos que Dios nos ama y quiere hacernos felices. O también, podremos pensar en la pasión y muerte de Jesucristo: le contemplaremos en el huerto de los Olivos, aceptando la pesada cruz; nos representaremos su coronación de espinas, su crucifixión, y si queréis, recordaremos su encarnación, su nacimiento, su huída a Egipto; podemos pensar también en la muerte, en el juicio, en el infierno o en el cielo. Rezaremos algunas preces en honor del santo Angel de la Guarda, y no dejaremos nunca de bendecir la mesa, ni de dar gracias después de la comida, de rezar el *Angelus*, y el Ave María cuando dan las horas: todo lo cual nos va recordando nuestro último fin, nos hace presente que en breve ya no estaremos en la tierra, y así nos iremos desligando de ella, y procuraremos no vivir en pecado por temor de que la muerte nos sorprenda en tan miserable estado. Ya veis, H. M., cuán fácil es orar constantemente, practicando lo que hemos dicho. Esta es, H. M., la manera cómo oraban siempre los santos.

II. — El segundo motivo que debe inducirnos a recurrir a la oración, es que todo el provecho redundará en favor nuestro. El Señor conoce dónde está nuestra felicidad y sabe que solamente por la oración podemos

procurárnosla. Por otra parte, H. M., ¡cuán grande honor para una vil criatura cual nosotros, el que todo un Dios quiera abajarse hasta ella y conversar con ella tan familiarmente como un amigo que habla con otro amigo! Ved cuánta es su bondad al permitirnos que le comuniquemos nuestras penas y nuestras aflicciones. Y este buen Salvador pone toda su diligencia en consolarnos, en sostenernos en las pruebas, o por decirlo mejor, en sufrirlas por nosotros. Decidme, H. M., el dejar de orar ¿no sería equivalente a renunciar a nuestra salvación y a nuestra felicidad aquí en la tierra, toda vez que sin la oración no podemos menos de ser desgraciados, mientras que mediante la oración estamos seguros de alcanzar cuanto nos sea necesario para el tiempo y para la eternidad, según ahora vamos a ver?

Primeramente digo que todo le está prometido a la oración, y en segundo lugar, que la oración bien hecha lo alcanzará todo: es ésta una verdad que Jesucristo nos repite casi en cada página de la Sagrada Escritura. La promesa de Jesucristo es formal: «Pedid, nos dice, y recibiréis; buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, lo obtendréis, si lo pedís con fe». Mas no se contenta Jesucristo con decirnos que la oración bien hecha lo alcanza todo. Para mejor convencernos de ello, nos lo asegura con juramento (1): «En verdad, en verdad os digo, que todo cuanto pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederé». Después de estas palabras del mismo Jesucristo, me parece, H. M., que es ya imposible dudar de la eficacia de la oración. Por otra parte, H. M., ¿de dónde podría venir nuestra desconfianza? ¿sería de nuestra indignidad? Pero Dios sabe muy bien

(1) Amen, amen dico vobis... quodcumque petieritis Patrem in nomine meo hoc faciam (Ioann., XIV, 13).

que somos pecadores y culpables, que oramos en su nombre, y que, ante todo, contamos con su infinita bondad. Y nuestra indignidad ¿no está cubierta y como disimulada por sus méritos? ¿Será, pues, por ser nuestros pecados demasiado horribles o demasiado numerosos? Mas ¿no le es a Dios igualmente fácil perdonarnos un pecado que mil? ¿No dió principalmente su vida por los pecadores? Escuchad lo que nos dice el Rey Profeta: «¿Se ha visto jamás a alguien que haya orado al Señor y cuya oración haya sido desoída?» (1). «Sí, nos dice, cuantos invocan al Señor y recurren a El, han experimentado los efectos de su misericordia.»

Para sentir esto mejor, veamos algunos ejemplos. Mirad a Adán pidiendo misericordia después de su pecado. No solamente el Señor le perdona a él, sino además a toda su descendencia; le promete su Hijo, que deberá encarnarse, sufrir y morir para reparar su pecado. Ved a los ninivitas, grandes pecadores, a quienes el Señor envió el profeta Jonás, para que les avisase que iba a castigarlos de la manera más espantosa: a saber, haciendo bajar fuego del cielo (2). Se entregan todos a la oración, y el Señor los perdona. Hasta en aquella ocasión en que el Señor se decidió a destruir el mundo por el diluvio universal, si aquellos pecadores hubiesen recurrido a la oración, con seguridad el Señor los hubiera perdonado. Y si proseguís leyendo las Escrituras, veréis a Moisés sobre la montaña, mientras Josué lucha con los enemigos del pueblo de Dios.

(1) Este texto no ha sido sacado de los Salmos, sino del Eclesiástico: «Quis invocavit eum, et despexit illum?» (Eccli., II, 12).

(2) Jonás, predicando en Nínive, decía: «No pasarán cuarenta días y Nínive será destruída», sin indicar por qué género de castigo (Jon., III, 4). Tal vez el Santo confunde la destrucción de Nínive con la ruina de Sodoma anunciada a Loth por un ángel, y que describe el Génesis así: «El Señor hizo caer del cielo una lluvia de azufre y fuego sobre Sodoma y Gomorra» (Gen., XIX, 24).

Cuando Moisés ora, los israelitas vencen; mas, en cuanto cesa su oración, los israelitas son vencidos. Ved aún al mismo Moisés pidiendo al Señor que perdone a treinta mil culpables a los cuales había resuelto perder: con sus oraciones, forzó, por decirlo así, al Señor a perdonarlos. «No, Moisés, le dijo el Señor, no intercedas por este pueblo, no quiero perdonarle.» Moisés continúa en su oración, y el Señor es vencido por las preces de su siervo, y perdona a su pueblo. ¿Qué hace Judit, H. M., para librar a su patria de aquel su temible enemigo? Acude a la oración y, llena de confianza en el Señor ante quien se acaba de postrar, va a la morada de Holofernes, le corta la cabeza y salva a su patria. Ved al piadoso rey Ezequías, a quien el Señor envió un profeta para advertirle que pusiese en orden sus negocios, pues iba a morir. Prosternóse delante del Señor, suplicándole que no le arrebatase aún de este mundo. Movido el Señor por sus oraciones, concedióle quince años más de vida. Si seguís adelante, veréis al publicano que, reconociéndose culpable, acude al templo para implorar de Dios el perdón. El mismo Jesucristo nos dice que sus pecados le fueron perdonados. Ved a la pecadora, prosternada a los pies de Jesús, orando con lágrimas en los ojos. Y ¿no le responde Jesucristo: «Te son perdonados tus pecados»? El buen ladrón, aunque lleno de los más enormes crímenes hace oración desde la cruz; y no sólo Jesucristo le perdona, sino que le promete que en aquel mismo día estará en el cielo con El. Sí, H. M., siuviésemos que citar a cuantos han alcanzado el perdón orando, tendríamos que enumerar a todos los santos que fueron pecadores; ya que por la oración tuvieron la dicha de reconciliarse con Dios, el cual dejóse conmover por sus súplicas.

III. — Mas pensaréis tal vez: ¿De dónde proviene

que, a pesar de tantas oraciones, seamos siempre pecadores, sin mejorar en lo más mínimo?—Nuestra desgracia, amigo mío, proviene de que no oramos cual deberíamos, esto es, oramos sin preparación y sin deseo de convertirnos, y muchas veces sin saber lo que a Dios hemos de pedir. No dudéis de esto, H. M., pues cuantos pecadores pidieron a Dios su conversión la obtuvieron, y todos los justos que suplicaron a Dios la perseverancia perseveraron. — Mas alguien me dirá: Se experimentan demasiadas tentaciones.—¿Eres excesivamente tentado, amigo mío? Ora, y ten la seguridad de que la oración te dará fuerzas para resistir la tentación. ¿Tienes necesidad de la gracia? Pues la oración te la obtendrá. Si dudas de ello, oye lo que nos dice Santiago, a saber: que mediante la oración dominamos al mundo, al demonio y a nuestras pasiones. Sí, H. M., por muchas que sean las penas que experimentemos, si oramos, tendremos la dicha de soportarlas enteramente resignados a la voluntad de Dios; y por violentas que sean las tentaciones, si recurrimos a la oración, las dominaremos. Mas ¿qué hace el pecador? Vedlo aquí. Tiene la plena convicción de que la oración le es absolutamente necesaria para evitar el mal y para obrar el bien, así como para salir del pecado cuando ha caído en él; pero mirad su gran ceguera: o no hace oración, o la hace mal. ¿Que no es cierto esto, H. M.? Ved la manera de orar que tiene un pecador, suponiendo que ore, pues la mayor parte de los pecadores no lo hacen; ¡ay! veréis que se levantan y se acuestan como bestias. Mas observemos a aquel pecador orando: vedle recostado en una poltrona, o echado sobre la cama rezando mientras se viste o se desnuda, o va andando o gritando, hasta tal vez jurando, a la zaga de sus criados o de sus hijos. ¿Con qué preparación se pone a orar? ¡Ay! con ninguna. Frecuentemente y en la mayoría de los casos, esta clase de gente acaba su pretendida oración,